

Mercados competitivos y discriminación

Por Gary S. Becker

Un reciente y revelador reportaje del New York Times examinó el caso de los "intocables" en la India en relación a exitosas reformas económica de ese país. Los intocables pertenecen a la clase social más baja y pobre de la India, a quienes se les había dado la espalda durante siglos. Sus miembros siempre tenían los peores trabajos y vivían en espantosas condiciones.

El reportaje se basa en el éxito de un intocable, Chandra Bahn Prasad, ex revolucionario maóísta. Su experiencia e interpretación de los efectos de la liberación económica comenzada en 1991 lo convirtió en firme creyente de que mercados abiertos y competitivos son la única esperanza para su casta. Aunque poco después de la independencia en 1947 las castas fueron abolidas y, especialmente, la espantosa condición de 160 millones de intocables, éstos lograron avanzar muy poco durante los siguientes 40 años de socialismo. Pero Prasad se convirtió en un liberal al ver cómo 15 años de reformas económicas aportaron oportunidades insospechadas a los intocables.

La teoría económica sobre discriminación apoya la experiencia de Prasad. La discriminación aumenta los costos y reduce las utilidades, colocando a quienes discriminan en posición desventajosa vis-à-vis otros patronos que maximizan sus utilidades y contratan en base a la productividad del trabajador, no su casta o raza. Lo mismo sucede en sectores que permiten el libre ingreso de nuevas empresas competidoras.

Esa es la razón por la que a las minorías les va mejor en nuevas industrias y en empresas pequeñas. Tanto los judíos como los negros eran, originalmente, más fácilmente aceptados por Hollywood que en industrias establecidas, como la del acero y la banca. Y en las Grandes Ligas no aceptaban jugadores de color hasta que Jackie Robinson fue contratado por los Dodgers en 1947.

Cuando al comienzo del siglo XX los judíos no podían conseguir trabajo en los bancos, algunos de ellos comenzaron a fundar sus propios bancos.

La globalización y el crecimiento del comercio internacional añaden otra fuerza competitiva en contra de la discriminación. Como antes mencioné, los costos de producción aumentan cuando los patronos discriminan contra minorías en el empleo, lo cual da ventajas a productores extranjeros que no lo hacen y reduce la competitividad internacional de los países donde se discrimina.

El lento crecimiento del Sur de Estados Unidos ilustra los efectos negativos de la discriminación y nos muestra por qué las industrias del Sur operaban con desventajas con respecto a sus competidores del Norte y del Oeste del país.

El rápido crecimiento del intercambio comercial alrededor del mundo en las últimas décadas y la creciente inclinación hacia el libre mercado a veces aumenta --en lugar de reducir-- la desigualdad de ingresos, al menos por cierto tiempo. Sin embargo, el comercio y la competencia han hecho que la desigualdad dependa más en las diferencias del aporte del capital humano que en el color de la piel, el sexo, la religión, las castas y demás fuentes de

discriminación. Esto no se suele apreciar, **pero es una importante consecuencia de la globalización y del creciente intercambio comercial alrededor del mundo.**

www.aipenet.com ¿Por qué la administración de McKinley, tras la explosión del Maine y cuando parecía inevitable la guerra con España, se había negado a reconocer al Gobierno de la República de Cuba en armas? Seguramente, para dejar entre abierta la puerta de la anexión.

Pero, si ése era el propósito oculto, ¿por qué se había aprobado la Enmienda Teller que declaraba que Cuba tenía el derecho a ser libre e independiente? Nadie puede asegurarlo, pero probablemente la mejor conjetura es ésta: porque la clase dirigente norteamericana estaba profundamente dividida en cuanto a los objetivos de la intervención en Cuba, brecha que muy hábilmente aprovechó el lobby independentista de los exiliados cubanos, asesorado por el abogado Horatio Rubens, el amigo de Martí, para arrancarle al congreso un compromiso formal que garantizaba el derecho a la independencia. Los anexionistas pudieron evitar la declaración de Foraker, pero, sin demasiado entusiasmo debieron admitir la de Teller.

Había en Washington genuinos partidarios de la independencia -como el senador Foraker-, y había «halcones» como Teddy Roosevelt que esperaban que la Isla fuera anexada a Estados Unidos, tal y como se había hecho con Hawaii, precisamente en 1898. En todo caso, la «Resolución Conjunta» no cancelaba totalmente la posibilidad de la anexión. Hacia medio siglo, los texanos, antes de pedir su incorporación a la Unión, habían pasado por el expediente de crear una fugaz república. Los cubanos, pues, que en su momento habían copiado la bandera de la estrella solitaria de la república texana, podían ejercer su soberanía de la misma manera. La «Enmienda Teller» impedía, ciertamente, que Cuba -como ocurrió con Puerto Rico y Filipinas- fuera convertida en una colonia manu militari, pero no que los cubanos, libremente, por su propia decisión -pensaban los anexionistas-, motivados por la gratitud, la defensa de sus intereses económicos y el temor al caos a que podía conducir el autogobierno, solicitaran integrarse en el poderoso estado vecino.

Eso era lo que en el bando anexionista norteamericano, dirigido por el Secretario de Estado Elihu Root, un brillante político y diplomático, predecían que ocurriría. De ahí que antes del triunfo los norteamericanos le negaran el reconocimiento oficial al gobierno de Masó, y luego de la derrota española hicieran lo mismo con la Asamblea organizada por los mambises como órgano representativo de los insurrectos: la estrategia de Washington consistía en no fortalecer las estructuras independentistas y no provocar un drástico cambio de mando.

Convocatoria a elecciones

Para lograr sus propósitos los norteamericanos tenían que hilar muy fino. Primero debían crear un gobierno local, pero con las facultades mermadas, de manera que fuera posible la absorción cuando llegara su momento. Para conseguir el objetivo inicial ordenaron la celebración de unas elecciones municipales seguidas de otra consulta popular encaminada a escoger a un grupo de cubanos que debería redactar una constitución que serviría de base al Estado que pronto cobraría forma. Para obtener el segundo objetivo, le colocarían ciertos límites al ejercicio soberano de ese Estado: la posteriormente famosa «Enmienda Platt», obligatoriamente colocada como apéndice a la constitución como condición sine qua non para poner fin a la ocupación norteamericana. O los cubanos la aceptaban o los norteamericanos no se iban. A regañadientes, entre los constituyentistas cubanos prevaleció el espíritu de los posibilistas y la enmienda fue admitida.

Es verdad que existía en Washington un legítimo temor a que los cubanos no fueran capaces de administrar el país correctamente -lo que colocaba a los norteamericanos en una situación difícil dados los acuerdos del Tratado de París que garantizaba la vida y la hacienda de los españoles-, y no era incierto que se temía al apetito imperial de poderes europeos como el alemán y el británico, entonces embarcados en una política exterior muy agresiva cuyos colmillos ya se veían en el Caribe, pero el propósito de fondo, nunca confesado abiertamente, era otro: crear en la Isla, de hecho, una especie de protectorado que pudiera evolucionar sin traumas hacia el ámbito soberano de Estados Unidos. En una correspondencia confidencial del general Leonardo Wood, jefe militar norteamericano en Cuba, a Theodore Roosevelt, entonces vicepresidente americano, estas intenciones se manifiestan con absoluta claridad: «Lo

principal ahora es establecer el Gobierno cubano. Nadie lo ansía más que yo, siempre que lo sea de modo que resulte duradero y seguro hasta el momento en que el pueblo de Cuba desee establecer relaciones más íntimas con los Estados Unidos».

Más claro, ni el agua, pero el tiro salió por la culata. Paradójicamente, estas dos directrices del gobierno militar -la convocatoria a elecciones municipales y a una asamblea constituyente- pusieron en marcha una dinámica política que haría imparable el advenimiento de la República y consolidaría la tendencia independentista de forma inequívoca. En efecto, el proceso electoral para escoger alcaldes y autoridades locales (16 de junio de 1900), seguido de la disposición militar que ordenaba unos comicios para seleccionar a los miembros a la Convención Constituyente (15 de septiembre del mismo año), tuvieron como resultado la inmediata vertebración de los primeros partidos políticos cubanos y la legitimación de una clase dirigente que, casi toda salida de la guerra de independencia, pero con espacios generosos conquistados por los autonomistas, contaba ahora con la autoridad que otorgaba la democracia. La Enmienda Platt, por su parte, sirvió para galvanizar la corriente nacionalista y para darles nuevos bríos a los decaídos ímpetus independentistas. Por primera vez cientos de cubanos se lanzaron a las calles gritando una consigna impensable pocos meses antes: «¡No a las carboneras!». Se referían a las bases de aprovisionamiento de carbón que los norteamericanos exigían crear en suelo cubano.

Partidos políticos y tendencias

Dos fueron los candidatos que, inicialmente, pensaron optar por la primera magistratura. Uno, tal vez el más predecible, era el general Bartolomé Masó, último presidente de la república en armas, combatiente desde 1868, y el otro, Tomás Estrada Palma, maestro en Estados Unidos, cuáquero, también ex presidente de Cuba en la manigua, pero durante la Guerra de los Diez Años, y presidente del Partido Revolucionario Cubano por recomendación de José Martí, quien lo tenía en alta estima.

¿Qué separaba a ambos hombres en el terreno ideológico? Probablemente la actitud ante la Enmienda Platt. A Masó, como a muchos cubanos, le parecía una intolerable mutilación de los atributos soberanos de la naciente república. Estrada Palma, en cambio, la percibía como un inconveniente poco sustantivo. Al fin y al cabo, las limitaciones impuestas al país podían ser humillantes en un plano subjetivo, pero en modo alguno lo perjudicaban, salvo que Estados Unidos se viera envuelto en una guerra internacional y ello arrastrara a los cubanos al conflicto. Por otra parte, mientras Masó parecía confiar en la capacidad de los cubanos para el autogobierno, Estrada siempre tuvo serias sospechas, como se vería varios años más tarde, en 1906, cuando Don Tomás, ya presidente, le pediría a Roosevelt una nueva intervención norteamericana encaminada a sofocar una rebelión que tomaba las características de una verdadera guerra civil.

La gran ironía

Los primeros partidos políticos tomaron el nombre de «Nacional» y «Republicano», pero casi inmediatamente se fragmentaron en agrupaciones regionales dirigidas por caudillos locales, alguno de ellos, como era el caso de José Miguel Gómez, líder en Las Villas, santificado tanto por su historial militar como por la predilección norteamericana que lo había puesto al frente de esa provincia durante la ocupación militar. Curiosamente, tanto Masó como Estrada tuvieron el apoyo de grupos separatistas y autonomistas, aunque el primer partido clasista que conoció la nación, el pequeño pero activo Partido Popular Obrero de Diego Vicente Tejera, respaldó resueltamente la candidatura de Masó. De una manera todavía muy vaga e imprecisa, el voto sociológico de lo que hoy llamaríamos «derecha» prefirió a Estrada y el de la «izquierda» a Masó.

Cuando la candidatura de Estrada comenzó a despegar, especialmente tras el apoyo militante de Máximo Gómez, que salió a hacer campaña por «Tomasito» a lo largo de toda la Isla, y ante la creación de una Junta Electoral en la que sus hombres no participaban, Masó, después de acusar a los Estados Unidos de parcialidad y de preferir a Estrada -en lo que seguramente no le faltaba razón-, decidió retirarse del proceso y dejar a su contendiente como candidato único, pese a que éste ni siquiera se había molestado en viajar a la Isla todavía.

Finalmente, el 31 de diciembre de 1901, los cubanos concurrieron a las urnas para elegir a sus gobernantes. El país tenía un millón y medio de habitantes, de los cuales sólo un tercio - entonces las mujeres no sufragaban- podía ejercer ese derecho. Estrada Palma ganó holgadamente, pero más de cincuenta mil cubanos votaron en su contra y más de cien mil se abstuvieron de acudir a las urnas. Una cosa, sin embargo, sí estaba clara y no deja de constituir una tremenda ironía: tras el proceso de institucionalización impulsado por la intervención norteamericana, la anexión había dejado de ser una opción posible. La nación cubana ya tenía todos los elementos que le permitían convertirse en un estado independiente: la voluntad mayoritaria de la población, la cultura compartida, la historia común, los mitos, los héroes, los símbolos. Sólo faltaba la aparición de los líderes y el establecimiento de los cauces para transmitir la autoridad. Todo eso brotó casi por carambola en el angustioso año de 1901. Varios meses más tarde se inauguraría la república.

www.aipenet.com